

6. ADMINISTRADOR, PERO NO DUEÑO

Consumir o respetar la naturaleza

Según la doctrina cristiana el hombre ha sido puesto por Dios al frente de la creación para que la cuide y se sirva de ella para sus necesidades. Así lo podemos leer en el primer libro de la Biblia, el *Génesis*, donde se narra, en un lenguaje lleno de simbolismos y figuras, la creación del mundo y del hombre. Este principio fundamenta la relación del hombre con las cosas: Debe cuidarlas y puede servirse de ellas: no solo servirse de las cosas, sino también cuidarlas. Las cosas son de Dios y, por eso, *el hombre es solo administrador* y dará cuenta de lo que se le ha encomendado.

En otras épocas, especialmente en la inmediatamente anterior a la nuestra, durante la revolución industrial, muchos han tratado la naturaleza como si pudieran explotarla indefinidamente, como si no se gastara, o como si no se estropeara. Esta mentalidad, que todavía abunda de hecho, aunque no tenga tantas manifestaciones externas, tiende a considerar la naturaleza como *res nullius*, es decir como «propiedad de nadie»: y se relaciona con las cosas con una avidez sin medida; como se relaciona un niño con una tarta de chocolate. Entran «a saco» en la naturaleza —la saquean—, ante cualquier oportunidad, movidos por el deseo de sacarle provecho, sin tener en cuenta el daño que causan.

Esta mentalidad resulta especialmente inmoral en nuestra época por dos razones. La primera porque los medios para ex-

plotar y transformar la naturaleza son más poderosos que en ninguna otra; por eso, los daños son también mucho más graves. La segunda, porque tenemos una idea más exacta que en el pasado sobre la situación del mundo; sabemos, por ejemplo, que muchos recursos que utilizamos son limitados, que una parte es regenerable y que otra no; por eso, podemos deducir que algunos daños que se causan a la naturaleza son prácticamente irreparables. Esto origina una valoración moral en cierto modo nueva de las relaciones del hombre con la naturaleza. Ya no es posible mantener esa mentalidad depredadora, de *res nullius*.

Decir que el hombre es lo más digno de la creación no significa que las cosas carezcan de dignidad. *Las cosas tienen una dignidad*; menor que las personas pero la tienen. Y estamos obligados a respetarla. Como hemos visto, el respeto a la dignidad de cada cosa es el fundamento de la moral. El principio que rige las relaciones con la naturaleza es el mismo que rige en toda la moral.

Precisamente porque tenemos inteligencia, podemos percibir la dignidad de las cosas que nos rodean y, por lo tanto, percibir también la obligación de respetarlas. Nuestra relación con las cosas no puede ser la misma que tienen los animales, que solo se relacionan con el mundo buscando los medios para su supervivencia. Podemos y debemos servirnos de la naturaleza para satisfacer nuestras necesidades, pero respetándola inteligentemente, tratándola bien, como cuidamos la propia casa o el propio hábitat. Es absurdo y, en esa misma medida inmoral, que destruyamos la naturaleza que Dios nos ha confiado para cuidarla, y que es nuestro hábitat natural, nuestro lugar en el universo.

¿En qué consiste respetar la naturaleza? La pregunta tiene tales dimensiones que no es fácil contestar. En primer lugar, hay que evitar destruirla. Es inmoral, por ejemplo, un uso indiscriminado de los recursos naturales que los agote; en ese sentido, como muy bien ha puesto de manifiesto Schumacher, hay mu-

cho que estudiar y que decir sobre los recursos de la tierra que no son regenerables (por ejemplo, los combustibles fósiles, pero también los ecosistemas donde viven muchos seres que no pueden subsistir en otra parte, etc.). Es inmoral desperdiciar sin sentido los recursos naturales escasos. Es inmoral el despilfarro de los recursos cuando, con un poco de cuidado o de esfuerzo, se podría pasar con menos. Es inmoral destruir, por el solo placer de destruir, cualquier cosa de la naturaleza. Son inmorales todos los descuidos y negligencias que tienen como consecuencia daños en la naturaleza. Y sería una inmoralidad grave causar un daño grave.

Por otra parte, precisamente porque la naturaleza está a su cargo, el hombre debe tratar de paliar los efectos autodestructivos que se manifiestan en la misma naturaleza. El hombre no es el único depredador, ni el único que causa daños en la naturaleza. En la naturaleza se producen también daños que surgen espontáneamente. En la medida en que puede advertirlos y evitarlos, tiene obligación de intervenir, porque la naturaleza le ha sido encomendada para que la cuide. Así tiene que procurar salvar las especies que se extinguen (aunque sea por causas naturales); limitar en lo posible los daños de las catástrofes naturales (terremotos, incendios, erupciones volcánicas, inundaciones, plagas, etc.), el hombre está obligado a cuidar de la naturaleza, porque la naturaleza es su casa.

Pero hay una cuestión de fondo que va más allá de todas las consideraciones utilitarias. La naturaleza tiene en su conjunto una dignidad peculiar que consiste en ser reflejo de Dios mismo. *La belleza de la naturaleza es un reflejo de la bondad divina*. Un reflejo que es necesario respetar, proteger y conservar.

La intervención del hombre en la naturaleza deja inevitablemente una huella de desorden, y cuando interviene sin cuidado, esa huella es enorme. Es sencillamente lo que llamamos *basura*.

La actividad humana genera basura necesariamente. Pero cuando esa actividad es descuidada e irrespetuosa, lo produce en una medida desproporcionada y destructiva.

La basura es la naturaleza usada, que ha perdido su dignidad. En un sentido amplio, basura no es solo el material que se encierra en unos sacos y cada noche recoge el servicio de limpieza; basura es también una cantera abandonada, un movimiento de tierras sin acabar, el escombros que producen las obras de un autista y que quedan en sus márgenes, etc. Basura es toda huella del descuido humano en la naturaleza. Toda esa fealdad provoca por el descuido es una falta de respeto, un insulto a la creación. Rompe la belleza y la armonía que la naturaleza tiene, a veces quizá para siempre.

Las obras humanas están llamadas a añadir belleza a la creación pero no a quitársela. Hay una belleza que es fruto de la inteligencia humana y que se expresa en todas las bellas artes y en todas las técnicas. Hay belleza —o puede haberla— en los paisajes urbanos y en la ordenación productiva de los campos; en las minas, en las canteras y en las autopistas. La inteligencia es capaz de generar orden y belleza.

Pero necesita sentido de la proporción, porque nuestra actividad productiva solo es capaz de generar orden, generando a la vez desorden: para construir un edificio bello se necesita remover toneladas y toneladas de materiales; no solo para hacer los cimientos, sino también para preparar cada uno de sus elementos. Para hacer un coche, por ejemplo, se necesita tratar industrialmente, en minas y fabricas, toneladas de materiales: se extrae el hierro, el carbón y otros múltiples elementos, se manipulan, se combinan; se utilizan toneladas de agua; se preparan muchos nuevos materiales sintéticos; y, en cada paso, se generan multitud de desechos industriales. Un solo coche representa una importante manipulación de la naturaleza. Y lo mismo sucede

con cada uno de los objetos que usamos, también con los edificios, con las autopistas, etc. Por eso, es necesario un sentido de la proporción.

En el momento actual, el *consumismo* que existe en los países industrializados representa una amenaza sin precedentes para la naturaleza. Nunca se habían producido tantos bienes. Nunca se habían vendido tantas cosas. Y nunca había existido como ahora tantos problemas de excedentes. En muy pocos años, en los países más industrializados, hemos pasado de tener lo mínimo a tener demasiado. Pero lo peor es que las cosas *se consumen*, es decir se gastan en una proporción también nueva. Muchas veces se usan y, en cuanto se tiene la oportunidad de cambiarlas por otra mejor, se tiran. Esto multiplica el número de bienes que es necesario producir y la manipulación de la naturaleza.

El problema es de tales proporciones que desborda la capacidad de cualquier persona particular y solo se puede abordar adecuadamente mediante acuerdos internacionales que sean capaces de crear la normativa legal que la nueva situación del mundo necesita.

A nivel particular, la aportación que cada uno puede hacer es la de *preferir un estilo de vida sobrio*: no desear tener otras cosas superfluas o innecesarias, procurar que las que usamos duren lo más posible; preferir reparar las cosas viejas antes que cambiarlas; y disminuir todo lo posible la producción de desechos.

Es asombrosa la capacidad que tenemos los humanos de producir basura: en cualquier país industrializado, cada ciudadano genera diariamente varios kilos; esto da lugar a cifras fantásticas si se tiene presente el número de días del año, el número de años de vida, el número de ciudadanos de cada ciudad, el número de ciudades... Y es un problema completamente nuevo. En las culturas menos desarrolladas, y en las nuestras hace tan solo unos decenios, se aprovechaba todo; no se tiraba nada: ni papel, ni en-

voltorios, ni cajas. En una cultura, en cambio, de abundancia y de excedentes de producción, la basura acaba siendo un problema obsesivo y delata una verdad muy simple: que *el consumo de la naturaleza es excesivo*.

Tomar conciencia de los problemas de la ecología lleva necesariamente a la conclusión moral de que hay que huir del consumismo y preferir un estilo de vida sobrio. Lo exige la naturaleza. Antes no lo sabíamos, pero hoy lo sabemos.

Nuestra relación con las cosas

La cuestión de la belleza nos sitúa en un plano importante para entender cuál debe ser la relación del hombre con las cosas. Hay una relación equivocada que se puede expresar bien en la imagen que hemos utilizado antes: el hombre ante las cosas como el niño ante la tarta, comiéndosela con los ojos antes que con la boca. Es la expresión de *la voracidad humana*, del deseo irracional de poseer; irracional porque va más allá de lo lógico y de lo conveniente, porque carece de medida, como la voracidad del niño ante la tarta.

La voracidad no respeta el ser de las cosas: se lo traga. Es exactamente la tendencia opuesta a la *mentalidad contemplativa*, que consiste en disfrutar de la belleza poniéndose ante las cosas, guardando una distancia, sin ánimo de comérsela o de apoderarse de ellas. Hay quien solo disfruta de un árbol, de una casa, o de un mueble, cuando son suyos y en la medida en que son suyos. Hay, en cambio, quien disfruta de un árbol, de una casa o de un mueble porque aprecia su belleza y su gracia, sin considerar si son o no de su propiedad. En el primer caso, no se aprecia realmente a las cosas sino a uno mismo como dueño de ellas; en el segundo, en cambio, se reconoce la dignidad de las cosas.

Necesitamos cosas; necesitamos utilizarlas para vivir; y necesitamos almacenarlas para garantizar el futuro; además, nos gusta rodearnos de cosas amables y cómodas para componer nuestro hábitat, el lugar de nuestro descanso. Un mínimo buen gusto a nuestro alrededor, eleva nuestro espíritu y nos ayuda a vivir como hombres. Pero caben diversas relaciones con las cosas que poseemos. Hay un modo de poseer que desprecia las cosas, hay otro modo de poseer que aprecia las cosas y, finalmente, hay un modo de poseer que, en realidad, consiste en ser poseído por las cosas. Veámoslo.

1) Por el mero hecho de existir cualquier objeto tiene su dignidad y merece respeto. Hay un modo de poseer que no respeta la dignidad de las cosas. Es ese modo de poseer que no sabe distinguir, por así decir, la *personalidad de las cosas*, o, para ser más exactos, su individualidad. Le da lo mismo que sea un coche que otro con tal de que sea un coche; un reloj que otro, un bolígrafo que otro; y así le sucede con todo: con las casas, con los árboles, con las carreteras, etc. Trata los objetos como si todos fueran hechos *en serie*. No se preocupa por las cosas, no sabe lo que les pasa, y no le importa lo más mínimo si se estropean porque las puede sustituir por otras semejantes que hacen el mismo papel. Esa mentalidad trae como consecuencia el descuido y el despilfarro; las cosas no se cuidan, no se protegen, no se reparan a tiempo; se maltratan, se estropean y pierden su dignidad y su utilidad: se convierten en basura. Hay personas que, por negligencia, viven rodeados de cosas maltratadas, sucias, estropeadas y feas. Continuamente generan basura. De forma que su marco externo viene a ser como un reflejo de su estado interior.

Y esto puede suceder a ricos y a pobres. Ciertamente, hay situaciones de miseria que se salen del marco de lo humano y donde de hablar de orden, limpieza y belleza puede resultar irreal y grotesco. Pero en cuanto se superan unos mínimos muy bajos, por

lo menos es posible el orden y la limpieza, y, con un poco más, incluso el buen gusto; precisamente porque el hombre es un ser inteligente.

Cuando se goza de un cierto nivel de vida, la negligencia se puede encubrir en parte con el despilfarro: se cambian pronto las cosas que se han estropeado porque no se han sabido cuidar. Incluso existe —y hoy está muy extendida— una mentalidad consumista, que cambia las cosas sin llegar a aprovecharlas ni estropearlas, simplemente por al afán de usar cosas nuevas.

Se trata de una mentalidad frívola, además de inmoral. Se deja deslumbrar por lo nuevo, sin llegar a apreciarlo realmente; viendo siempre en la perspectiva de lo último, que parece mejor que todo lo anterior. Conduce a que las sociedades consuman mucho más de lo que sería necesario, a que exploten de una manera irracional los recursos naturales, y a que multipliquen la basura. Y son, al mismo tiempo, un símbolo de insolidaridad, por el contraste insultante de ese consumismo desbordante con la escasez de otras sociedades, donde muchos hombres viven en la miseria, desprovistos hasta de los bienes más elementales.

2) ¿En qué consiste *respetar las cosas*? Primero en darse cuenta de su dignidad. Para respetar las cosas se requiere cierta distancia y perspectiva: hay que poderlas contemplar: superar una mirada puramente utilitaria y descubrir que son cosas, antes que instrumentos. En esta observación, que es obvia, se encierra toda una filosofía. Es lo más contrario a la deshumanización de las cosas en serie, sin respeto ninguno.

Respetar las cosas quiere decir, antes que nada, tratarlas de acuerdo con lo que son: respetar su modo de ser; y, en el caso de los instrumentos, de las cosas creadas por el hombre para su servicio (objetos, herramientas, etc.), utilizarlas para lo que sirven.

Respetar las cosas es también cuidar las que se usan: procurar que estén en buen estado y con una apariencia digna: la casa, las

herramientas, los coches, los muebles, la ropa, etcétera. Y cuando una cosa se estropea, repararla pronto. Así se conservan dignamente. Además, se evita el despilfarro, se aprovechan los recursos, se limita la producción de desechos, etc.

De muy antiguo viene en Europa el dicho de que *tirar el pan a la basura es pecado*. Quizá no sea pecado, pero puede ser un gesto de falta de sensibilidad tirarlo, sobre todo cuando es sabido que, permanentemente, hay lugares en el mundo donde se padece un hambre que mata. El pan tiene su dignidad. El hecho de que las sociedades desarrolladas sean capaces de fabricarlo en cantidades industriales, y el que sea muy barato, no se la quita: no debe ir a la basura. Y lo mismo se podría decir de tantas otras cosas.

3) Hay, por último, un modo de poseer las cosas —decíamos— que es más bien un *ser poseído*. Esto es la *avaricia*: el afán desordenado de tener por tener, sin que se sepa para qué. Cuando no se conserva la distancia, cuando desaparece el espíritu de contemplación y solo priva el de poseer, resulta que el hombre deja de ser realmente poseedor de las cosas y las cosas pasan a dominarle. Es la actitud del que no puede contemplar las cosas, sino que le vence el deseo de quedárselas; así vive arrastrado por las cosas, persiguiéndolas.

Evidentemente, hay un deseo de bienes que es ordenado, por que necesitamos bienes para vivir: nos hace falta alimento, vivienda y tantas cosas útiles o amables que pueden hacer grata la vida. Pero hay un deseo desordenado. Y este empieza cuando el afán de poseer pierde su sentido: cuando se desean cosas que no se van a utilizar: cuando se desean más cosas de las que se pueden disfrutar, cuando se desean tantas cosas que para disfrutarlas habría que dedicarles la vida entera y aún no bastaría. Hay desorden cuando se quieren las cosas porque son bienes, pero no se llegan a disfrutar como bienes, sino que simplemente se acumu-

lan; cuando no se saborean, sino que solo se poseen; cuando se deja llevar uno por la picadura del deseo sin llegar al gozo de la satisfacción. Hay desorden, por último, cuando la preocupación por tener y aumentar el número de cosas es tan grande, que no deja energías para ocuparse de los bienes superiores.

Para vivir bien, se requiere decisión y entrenamiento. Hay que decidirse y hay que acostumbrarse a poner límite al deseo de ganar, al capricho de comprar, al amor de poseer, al afán de apañar, al estímulo de la envidia. Conviene proponerse un estilo de vida sobrio que contenga las fuerzas centrifugas de la voracidad.

El amor al dinero

Poseer puede llegar a ser una pasión avasalladora. Es una de las inclinaciones que más enloquecen. Se refuerza con el deseo de seguridad, de poder y de presumir, que proporciona el tener mucho.

La tendencia desordenada a poseer suele manifestarse en el amor al dinero. El dinero no es propiamente un bien, sino un medio convencional de cambio que permite obtener bienes reales. Por eso, el dinero da lugar a una forma de avaricia peculiar, que no se centra en bienes, sino en el medio que parece proporcionarlos todos. Aparte de que no es cierto que pueda proporcionar todos los bienes, especialmente los más importantes, su deseo da lugar con más facilidad al desorden. En este sentido, en el amor al dinero se manifiesta en su esencia más pura la avaricia: el deseo de poseer, sin contenido real, sin bienes concretos que se amen: es como amar el poseer en abstracto.

Parece obvio que el dinero es importante y que hay que esforzarse por conseguirlo; en nuestra sociedad, sin dinero no se pue-

de vivir. Esto es verdad, evidentemente, pero hay que tener cuidado con las generalizaciones. Admitamos que no se puede vivir sin dinero, por lo menos en una sociedad civilizada. Pero a continuación hay que preguntarse cuánto dinero es necesario para vivir y, también qué otras cosas, además de ganar dinero, importan en esta vida. Sería un círculo vicioso vivir para ganar dinero y ganar dinero solo para vivir.

El dinero, desde luego, no es lo primero. Sería absurdo dedicarle la vida, sabiendo que la vida misma es un bien limitado. *El dinero es un instrumento*. Hay que saber para qué se quiere; hay que saber cuánto se necesita; hay que saber lo que cuesta. Con esos datos podemos poner límites a la avaricia y dejar espacio y energías libres para dedicarse a los demás bienes importantes de esta vida: la cultura, la religión, las relaciones humanas, la amistad, etc.

Los hombres sensatos pero pegados al suelo, acaban cometiendo el tremendo error de pensar que dedicarse a ganar dinero es lo único serio que se puede hacer en la vida. Es curioso, pero a medida que maduran, toma fuerza en su espíritu esa convicción. Es como si las demás cosas de la vida, de las que se esperaba mucho en otros momentos (la amistad, el amor, los viajes, las aficiones, etc.) se fueran difuminando con el tiempo y solo el dinero se presentara como un valor sólido e inquebrantable. Muchos hombres que pueden considerarse verdaderamente sensatos y maduros porque son capaces de tomar decisiones ponderadas, de trabajar responsable y eficazmente, de organizar la vida de los demás, acaban cayendo, sin apenas darse cuenta, en esta tremenda insensatez: viven como si realmente el dinero fuera lo único importante y suponen loca y excéntrica cualquier otra visión de la vida.

Es una sensatez insensata: olvidan un dato fundamental que se ha repetido incansablemente a lo largo de la historia: los hom-

bres nos morimos y el dinero no lo podemos llevar a la tumba; ni comprar con él nada que allí nos sirva. San Agustín nos lo recuerda: «Ni a nosotros ni a nuestros hijos nos hacen felices las riquezas terrenas, pues o las perdemos durante la vida, o después de morir, las poseerá quien no sabemos, o quizá acaben en manos de quien no queremos. Solo Dios nos hace felices, porque Él es la verdadera riqueza del alma» (*De Civitate Dei*, V, 18, 1).

Con dinero se pueden adquirir muchos bienes materiales, se pueden pagar muchos servicios; da garantías y seguridad de cara al futuro; prestigio, poder y consideración social. Son muchos los bienes que proporciona; pero no todos y ni siquiera los más importantes. *El dinero* —como es evidente— *solo proporciona los bienes que se pueden comprar*: cosas y servicios. El dinero no proporciona la paz del alma, ni el saber disfrutar de la belleza, ni la fuerza de la amistad, ni el calor del amor, ni las pequeñas delicias de una vida familiar, ni el saber saborear las circunstancias sencillas y bonitas de cada día, ni el encuentro con Dios. No proporciona inteligencia ni conocimientos. No proporciona ni honradez, ni paz; no hace al hombre virtuoso, ni buen padre de familia, ni buen gobernante, ni buen cristiano.

No es que haya que contraponer el dinero a los bienes más importantes; no es que el dinero sea lo contrario; simplemente, son cosas distintas y no se mezclan como no se mezclan el aceite y el agua. Se puede tener amor, amistad, honestidad y cualquier otro bien con o sin dinero: no es ni más fácil ni más difícil. En principio, no influye; salvo en casos extremos: salvo que no haya nada o que haya demasiado.

Sin un mínimo de bienes materiales no suelen ser posibles los espirituales. Es muy difícil pensar en otros bienes cuando no se tiene qué comer o no se puede dar de comer a los que dependen de uno; cuando se vive desastrosamente en medio de la suciedad y la miseria; cuando no están garantizados los mínimos de su-

pervivencia. Sin una base material, es prácticamente imposible llevar una vida humana digna, educar a los más jóvenes y controlar mínimamente el propio estilo de vida. La miseria material suele ir acompañada, generalmente, de otras miserias humanas: suciedad, desarraigo, marginación, irresponsabilidad, degeneración de las estructuras personales, familiares y sociales, corrupción, etcétera.

Influye también el exceso, no el exceso de dinero —la cantidad aquí no es un criterio moral— sino el exceso de afición. Cuando la afición al dinero acapara, sustituye e impide el amor que el hombre tendría que poner en Dios o en los demás; cuando absorbe las aspiraciones y las capacidades sin dejar respiro para otras cosas; cuando se convierte en el centro de la propia existencia. Lo malo no es el dinero, sino el desorden con que se ama.

El amor al dinero tiene que ocupar su sitio en la escala de los amores. Como no es el bien más importante no puede ocupar el primer lugar. Es un desorden dedicar tanto tiempo a ganar dinero que no quede tiempo para los demás bienes: que no quede tiempo para la amistad, la familia, el descanso, la relación con Dios o la cultura.

Es un desorden poner al dinero por encima de otros bienes más altos (que lo son casi todos). Y esto puede suceder sin apenas advertirlo, porque la lógica del dinero va acompañada frecuentemente de esa sensatez equivocada y loca, que hace que parezca razonable lo que, en realidad, es un gran error. Es un desorden, por ejemplo, trabajar mucho para proporcionar bienes a los hijos, sin pensar que la compañía del padre o de la madre es uno de los bienes que más necesitan.

Otro ejemplo cotidiano: muchas, muchísimas familias han quedado destrozadas por el simple hecho de tener que repartir una herencia. Padres, hijos, hermanos, matrimonios llegan a separarse y odiarse porque se han peleado por unas acciones, por

unas tierras, por una casa... hasta por un mueble. Y esto sucede todos los días y ha sucedido desde la noche de los tiempos. ¿Cuánto vale el amor de un hermano, de un hijo, de un marido...? ¿No vale más que un pedazo de materia? ¿No hubiera sido mejor ceder?

Tener mucho dinero no es ni bueno ni malo moralmente hablando; tiene ventajas e inconvenientes. Los *inconvenientes* son claros: más capacidad para adquirir bienes es también más capacidad para despistarse, para entretenerse, para perder de vista lo fundamental porque absorbe demasiado lo accesorio.

Es también más fácil corromperse: porque la corrupción está más a mano y se ofrece muchas veces por dinero. Es fácil caer en la tontería humana: dejarse llevar por la vanidad, sentir el placer de provocar en los demás la envidia, haciendo ostentación de lo que se posee; es fácil dejarse llevar por el capricho; es fácil cederse todos los gustos y no ponerse el freno que otros se ponen por necesidad, en el comer, en el beber... Si hay mucho amor al dinero, es fácil dejarse coniprar, ser sobornados, corrompidos; dejarse llevar por el espíritu de lujo y el capricho de gastar, caer en la frivolidad, etc.

Son inconvenientes claros. No es fácil ser honesto y rico. Cristo lo advirtió con toda claridad cuando dijo que es más difícil que se salve un rico, que pase un camello por el ojo de una aguja. Dicho así, podría parecer que es sencillamente imposible (desde luego no parece posible que pase un camello por el ojo de una aguja, por más que se han querido buscar interpretaciones fáciles de este duro texto). El Señor lo afirma a continuación: «Para los hombres es imposible, pero no para Dios, porque para Dios todo es posible». Lo que permite concluir, de momento, que para ser rico y buen cristiano, hay que pedir mucha ayuda a Dios.

Los inconvenientes de ser rico están hoy muy extendidos. En las sociedades industrializadas, se han introducido modos de vida que antes estaban reservados a unos pocos privilegiados. La vanidad, el capricho, el lujo, la frivolidad y la corrupción están al alcance de casi todas las fortunas.

Para muchos existe el peligro efectivo de dedicar su vida entera a poseer los bienes menos importantes; corren el grave riesgo de que su inteligencia esté permanentemente ocupada en planear lo que podrían tener y que, en su corazón, no quede espacio ni tiempo para otras cosas que las que se pueden ver y tocar. Es decir, corren el grave riesgo de que no les quede ni tiempo ni fuerzas para lo más importante.

Ser rico tiene también *ventajas*. Esto es evidente si nos fijamos en los bienes elementales: tener dinero permite cubrir sin apuros las necesidades primarias. Pero esta es la menos importante de todas las ventajas. Las más importantes se refieren al uso de la libertad. Estas son las ventajas importantes desde un punto de vista moral.

Ser rico significa tener muchos medios y por lo tanto mucha libertad para obrar bien. Es un talento y, por tanto, una responsabilidad. Solo los que tienen muchos medios pueden emprender grandes obras. El valor moral de la riqueza —y de quien la tiene— depende del fin al que la destina, porque el dinero solo es un medio. La clave de la riqueza es el servicio que presta.

Precisamente por el atractivo que el dinero tiene y por los inconvenientes que puede llevar consigo poseer mucho, se requiere una actitud personal con respecto a él. Hay que tener un estilo de vida frente al dinero, para emplearlo bien y para no ser engañados por él. La moral invita a ponerlo en el adecuado orden de amores. *No amarlo por sí mismo, sino como un instrumento*; no buscarlo en detrimento de otros bienes que son mejores; y utilizarlo para procurarse y procurar a otros esos bienes mejores.

La mentalidad economicista

Los mismos criterios morales que hemos visto en relación al dinero, a nivel de personas individuales, sirven para el conjunto de la vida social. También allí el dinero no es lo más importante, aunque tenga su importancia. La vida de las sociedades no debe identificarse con la economía por más que esa tendencia es muy fuerte y se piensa que los Estados deben ocuparse casi exclusivamente del *bienestar* de sus súbditos, entendiendo este en un sentido llanamente materialista.

La *economía* es solo la ciencia de aprovechar los recursos y bienes materiales. Pero hay muchos más bienes que también es necesario aprovechar y difundir: los espacios inmensos de las relaciones humanas, familiares, de amistad, sociales, de convivencia; los ámbitos, también enormes, de la religión, la sabiduría, las ciencias, la cultura, las artes, la información, la técnica y la educación; etc.

Y, aun dentro de la vida económica, no se puede funcionar como si el dinero fuera el primer bien, por la sencilla razón de que es inseparable de los demás aspectos de la vida social. La economía influye en todo: en la vivienda, en el descanso, en las costumbres, en la cultura, en el gobierno. La vida económica la hacen hombres que necesitan de otros bienes además de los que la economía maneja.

A veces, resulta difícil tenerlo presente. La economía moderna se ha convertido en una disciplina sumamente abstracta y con un instrumento matemático muy desarrollado. El aparato matemático, por su propia naturaleza, tiende a disfrazar la realidad, porque solo puede tener en cuenta las cantidades medibles. Así, debajo de montones de cifras agrupadas en estadísticas, índices, variables, etc. se puede perder de vista que hay personas, relaciones humanas, necesidades culturales, religiosas, artísticas, etc.

que no pueden encontrar expresión matemática y que, por tanto, no aparecen, ni son tomadas en consideración.

Por otra parte, los modelos matemáticos tratan la vida económica como un enorme mecanismo, lleno de automatismos, y pueden hacer olvidar que debajo de los movimientos económicos hay decisiones morales; es decir, hay decisiones de personas libres, que afectan a otras personas. La complejidad de la vida económica dificulta que las decisiones económicas sean realmente morales, porque dificulta ver los bienes no económicos que están en juego y la repercusión real —no meramente económica— de esas decisiones.

De hecho, la economía liberal se asienta en dos *grandes pilares* que dificultan esa transparencia. Se trata de dos principios que se han difundido e impuesto en nuestra sociedad en una época histórica. No son principios necesarios: son convenciones legales, que han demostrado una eficacia grande para el desarrollo de la vida económica; por eso se han impuesto. Pero tienen sus defectos; conviene conocerlos porque conviene corregir sus efectos negativos sobre la vida social.

Uno de los principios es que el mercado debe funcionar por la *ley de la oferta y la demanda*. Y en ese mercado y con esa ley, concurren todos los elementos de la vida económica: es decir, las materias primas, la maquinaria, los productos manufacturados, transportes, servicios... y también —y aquí está lo delicado del asunto— la mano de obra, el factor humano. Claro es que la mano de obra no es una mercancía como las demás, pero el sistema económico lo trata como si lo fuera. Entre las cifras es solo un coste de producción, una mercancía que se ofrece y se paga en el mercado.

Por eso, en el ejercicio de la vida económica, se necesita corregir prácticamente esta deficiencia teórica. Los Estados intervienen: estipulan las condiciones de los contratos, imponen exi-

gencias, protegen y controlan el mercado de trabajo: establecen subsidios de paro, atención a los accidentes laborales, etc. Todas estas medidas contribuyen a ordenar lo que en principio parecía desordenado: es decir, haber puesto a los hombres al mismo nivel que las cosas.

El otro principio también es bastante desconcertante desde el punto de vista moral. Se trata de un artificio jurídico: la *sociedad anónima*. Sobre esta fórmula se ha construido todo el entramado de la vida económica moderna.

El hecho de formar sociedades o entes morales no tiene nada de nuevo: han existido desde que hay hombres sobre la tierra. Pero lo nuevo y propio de las sociedades anónimas es que son unidades económicas donde el elemento fundacional más importante es el dinero, el capital social. Son anónimas, es decir impersonales. El sujeto fundamental no es una persona real; es como si este capital social interviniera directamente en la vida económica con personalidad propia, como si fuera un sujeto real, una persona. Este es probablemente el elemento que más despersonaliza y difumina la responsabilidad moral del sistema económico.

Naturalmente, detrás del capital social hay personas: unos propietarios, que son quienes se reparten las acciones, que son los títulos de propiedad del capital original. Son ellos —los accionistas— los propietarios reales de la empresa. Pero no son ellos propiamente los agentes de la vida económica: es el capital que han formado. Desde que lo forman, esa sociedad está sometida a leyes propias; es, en cierta medida, independiente de sus propietarios (en realidad, es mejor llamarles accionistas).

En las empresas de cierto tamaño, se contratan a administradores profesionales para que las dirijan. Y la relación del propietario con la empresa se hace sumamente tenue y anónima. En su mayoría, los propietarios se limitan a recibir periódicamente el rendi-

miento de su propiedad (dividendos del capital) y a tomar en consejo, muy de cuando en cuando, algunas decisiones importantes, como nombrar los administradores y aprobar su gestión.

La relación se hace todavía más tenue, si tenemos presente el papel del mercado de valores. Es el lugar donde se compran y venden las acciones, los títulos de propiedad de las sociedades anónimas. En un solo día, cambian de mano cientos de miles de acciones. Los valores son comprados y vendidos en ese mercado con criterios de rendimiento económico. Triunfan los valores que prometen más beneficios y caen los que prometen menos, dando lugar a movimientos especulativos. Mucha gente juega a la Bolsa: compra unos valores y vende otros en un incesante cambio donde no importa para nada otra cosa que el tanto por ciento de beneficio: no importa si la empresa fabrica caramelos o tanques, si construye edificios bonitos o feos, si se preocupa de ofrecer a la sociedad un servicio o no: de todo esto nadie sabe nada y, en realidad, no importa: solo cuentan los indicadores económicos.

El accionista que posee un paquete de acciones de una empresa muchas veces no tiene la más ligera idea de los idearios, métodos de trabajo, objetivos y servicios de la empresa de la que es, en parte, propietario. Ha comprado esas acciones para obtener un tanto por ciento anual y eso es lo que espera del administrador de la empresa. Las otras cuestiones ocupan un lugar marginal.

Este esquema ejerce sobre los administradores profesionales, una presión enorme. Estos son actualmente los verdaderos agentes de la vida económica; pero están sumamente condicionados por lo que se espera de ellos: antes que nada y casi exclusivamente el rendimiento económico. Si tienen otros ideales o criterios, quizá pueden ponerlos en práctica, siempre que no afecten al criterio fundamental de rendimiento.

Todo esto hace que las sociedades anónimas intervengan en la vida económica como si fueran enormes mecanismos automáticos cuya única misión es generar beneficios. Da lo mismo producir tulipanes que organizar viajes de turismo; es equivalente explotar minas que criar pájaros. El criterio fundamental por el que una empresa entra en una explotación, es la relación inversión/beneficio esperado.

La vida económica parece un inmenso mecanismo que se mueve exclusiva y casi automáticamente por el criterio del beneficio. No tiene en cuenta ningún otro bien. Es ciego para cualquier otra cosa.

Existe una especie de *control automático* que proviene del mercado: una empresa solo triunfa cuando consigue agradar a sus clientes, con lo que los gustos de los clientes acaban dirigiendo en cierto modo la actividad económica. Pero estos gustos se pueden estimular y orientar mediante una publicidad bien llevada.

Claro es que resulta muy difícil intervenir en ese campo con criterios morales. No están previstos. Las legislaciones limitan el tipo de actividad de las empresas para que no sean delictivas. Los consejos de administración y las juntas de accionistas pueden recoger criterios morales de los propietarios, aunque muchas veces con una acción en la mano no es posible saber si la empresa trabaja en pornografía o en vendas de algodón (muchas veces lo hace en todo a la vez); si pagan sueldos miserables, o si sobornan gobiernos. También los administradores tienen un margen estrecho de maniobra, para emplear, en la orientación de su actividad, otros criterios además del criterio económico fundamental.

Es lo que hay. Quizá no es muy perfecto, pero es lo que hay. Los defensores del sistema ponen de relieve el enorme desarrollo a que ha dado lugar. Y tienen razón. Los detractores se quejan de que el dinero no es lo más importante; de que el concepto de desarrollo que está detrás es muy pobre, y que solo se propicia el

desarrollo del consumo pero no del hombre; que el sistema genera, muchas veces automáticamente, auténticas injusticias que no percibe; que está en la base de una explotación irracional de los recursos naturales... También tienen razón.

Sin embargo, para la mayor parte de los hombres, la discusión teórica sobre los beneficios y maleficios del sistema no aporta nada. Apenas tenemos capacidad para influir realmente en ese plano. Lo importante es obrar lo más honradamente posible. Para eso es imprescindible superar los automatismos económicos y enterarse, hasta donde sea posible, de las implicaciones morales de cada decisión.

El accionista tiene que procurar informarse sobre la actividad y criterios de la empresa de la que es propietario; el administrador tiene que ser consciente de su margen de maniobra; de que en la actividad económica los hombres son antes que las cosas, y de que el objetivo de una empresa no puede ser otro que prestar un servicio a la sociedad; etc. Le corresponde al Estado la tutela del bien común, el marco jurídico de la vida económica, la corrección de sus fallos y el castigo de los abusos.

De todas formas, la mentalidad economicista —que piensa que el primer valor de la actividad económica es el dinero— llega mucho más allá que el ámbito de actuación de las grandes empresas. Con frecuencia se oye decir que «los negocios son los negocios», dando a entender que en los negocios «hay que actuar fríamente» (como si no se tuviera corazón), sin dejar que se mezclen otros sentimientos que los económicos. Se piensa como si el ámbito de los negocios fuera un ámbito especial de la vida humana. Pero esto es un error.

Para gobernar bien hay que tomar las decisiones «racionalmente», o «fríamente». Esto significa que la razón debe examinar y ponderar *todos los factores* que intervienen, también los que provienen del corazón, que muchas veces señalan deberes

de humanidad inexcusables. Es absurdo pensar que somos personas y tenemos que tratarnos como tales menos cuando hay dinero por medio. Las decisiones económicas son también decisiones morales, y también hay que establecer en ellas el adecuado orden de bienes y deberes.

En concreto, como ha repetido incansablemente el Papa Juan Pablo II, *las personas siempre están por encima de las cosas*. Por eso es un desorden —una inmoralidad— tomar decisiones en materia económica sin considerar de qué manera afectan a las personas que intervienen. Los negocios son los negocios y las personas son las personas.

7. AL PRÓJIMO COMO A TI MISMO

Entre iguales

Los hombres vivimos entre iguales. Los demás son nosotros iguales. No son iguales en la cara, el vestido, el humor, la forma de pensar, su historia, o sus aspiraciones: son iguales en que son hombres como nosotros.

En esta sencilla apreciación se basa ese mandamiento que es el resumen de la segunda parte del Decálogo: «Amarás al prójimo como a ti mismo». Si son iguales a nosotros, es lógico que tengamos que amarlos como nos amamos a nosotros. La igualdad básica entre los hombres es la base de la justicia: todos somos igualmente hombres; todos tenemos los mismos derechos en cuanto hombres; todos tenemos que tratarnos como iguales.

Pero el precepto no se limita a la declaración de que somos iguales, además dice que debemos amarnos. Esto representa una opción; porque no es la única posibilidad. Miradas las cosas desde un punto de vista demasiado naturalista, se puede pensar que, precisamente porque somos iguales, también somos competidores: nos apetecen los mismos bienes, y los bienes son normalmente escasos. La otra posibilidad sería vivir sencillamente la ley de la selva, la ley del más fuerte (la de las ratas), que es la que rige en el mundo animal. Todos compiten por los mismos bienes y triunfa el más poderoso: ese es el que come primero y el que más come. Los demás vienen detrás y comen lo que pueden.